

Achille Neri

Un periodista del siglo XVII

[Un giornalista del secolo XVII]

En: *Passatempi letterari*.

Genova: Tipografia del R. Istituto Sordo-muti, 1882, p. 49-61.

(Traducción de Javier Díaz Noci)

A mediados del Seiscientos también Turín, algunos años más tarde que otras ciudades italianas, vio nacer la primera gaceta. El 15 de enero de 1645 Madama Reale concedía privilegio al sacerdote Pietro Antonio Socini "para poder, durante los cinco años venideros, dar a la imprenta" en Turín "cada semana informaciones, o sea, avisos generales de los sucesos del mundo", y ordenaba al impresor ducal Sinibaldo "imprimir dichas informaciones, o sea avisos, a expensas de la Cámara de Cuentas". Para remunerar los servicios del compilador se le asignaban, a título de pensión anual, 400 liras de plata¹.

Pero la venalidad de estos gaceteros era pareja en aquellos tiempos a un altísimo signo, lo que no debe maravillarnos, puesto que incluso los escritores de historias se hallan presos de la misma pez: pues no contentos del lucro que obtenían del gobierno al que servían, vendían su pluma a los príncipes y ministros de otros estados, mandándoles las informaciones secretas de las cosas políticas y manteniendo una correspondencia siempre culpable y a menudo dañina. De esta naturaleza se reveló pronto también Socini, quien ya en 1649 se cartea con el cardenal Mazzarino, y recibe de él testimonio de gratitud con cartas corteses y con dinero contante y sonante, y son tales sus pretensiones que llega al extremo de solicitar un beneficio en el Delfinato. Con todo ello, además de la pensión acostumbrada, sabe arrancar al propio tiempo (marzo de 1650) del duque Carlo Emanuele una donación de 1.000 liras de plata "en consideración del servicio que" le "rinda, y de diversas fatigas hechas por" su "servicio".

Pero pronto comenzarán los problemas. El conde Maximiliano Kurtz, dicho a la italiana en las cartas el conde Curzio, había llegado a Turín enviado por la corte de Baviera para concluir en nombre del príncipe Fernando el rito nupcial con Adelaida de

¹ Fuentes: Claretta, *Storia della Regg. Di Cristina*, ecc., II, 578-82, y *Adelaide di Savoia duchessa di Baviera*, 25, 33-39.- Extractos de la correspondencia del Archivo Estense, por cortesía del marqués G. Campori.- Archivo de Génova, *Secretorum ad annum*.- La *Gazzetta* de Turín fue olvidada en la monografía *Giornali e Giornalisti en Strenna Assoc. St. Per.*, 1881, pág. 257.

Saboya, y retenido en sus oficios por no poder por el momento unir a los esposos a causa de su tierna edad, volvió a su patria. Socini, haciéndose eco de los muchos chismorreos que se habían suscitado en la corte ducal, no pudo refrenar su lengua malediciente, y bien contento por tener materia con que narrar anécdotas malignas, que siempre son del agrado de quien está a cada minuto al corriente de noticias, en sus hojas clandestinas comenzó a segar la hierba bajo los pies del conde Kurtz, tachándolo, al hilo de mordaces noticias particulares, de hombre mezquino, miserable e ignorante, y ni siquiera se tiene de arrojar sus dardos envenenados contra la corte de Mónaco. Desgraciadamente, los avisos cayeron en manos del conde y del Elector, a raíz de lo cual se produjeron una ira vivísima y reclamaciones diplomáticas contra el gacetero. "Le comunico", dice así Kurtz al marqués de Pianezza, "una gaceta malignamente divulgada por aquel bribón de Pier Antonio Socini, la cual, aunque llena de mentiras, calumnias y falsedades, escrita descaradamente con su innata malicia, no puede sino causar sospechas y desgracias judiciales, máxime a aquellos a quienes placen las maledicencias y a quienes faltan las informaciones de nuestros negociados... He querido, de orden de Su Alteza, rogar a Vuestra Excelencia que haga que esta lengua maldita sea castigada a satisfacción de Su Alteza y conforme a sus deméritos, obligando a dicho bribón no sólo a retractarse de estas mentiras públicamente, como las ha divulgado por todas partes, sino también que, puesto que ya ha sido llevado a la picota por la república de Venecia debido a similares excesos, sea puesto, como castigo merecido, en una galera con el remo en la mano. Del cual castigo, aunque no sea proporcionado a su delito, se contenta Su Alteza y renunciará de momento a darle un tal que, si no fuese por el respeto que Su Alteza tiene a sus serenísimas, en cuya corte se encuentra este delincuente, no habría dejado de hacerle sentir de manera tal que ni Su Alteza ni otros grandes príncipes tendrían ocasión de encontrar de ahora en adelante semejante maledicencia". En cuanto a él, se arrepiente, en lugar del Elector "al cual esta bestia difama", de no haberle "hecho dar cien bastonazos, pues no ha servido Su casa de otra manera que como un espía, bellaco e infame, de forma que recibiese el galardón que a bribones de su calaña es precio".

Todas estas invectivas dirigidas a Socini, sin embargo, quedaron sin efecto porque, aun siendo encarcelado, prestó promesas de futuros beneficios y no le faltaron todas las comodidades, hasta gozar de las viandas de la misma mesa ducal; prueba cierta de que sus imprudencias se promovían desde lo alto. Incluso de la cárcel se le libró pronto, y no le faltó su pensión. De ello se quejaba el conde Kurtz, haciendo instancia de que al menos fuese retenido en la cárcel hasta que partiese su esposa, en la primavera de 1652. Pero el pájaro estaba ya fuera de la jaula, si bien se le impuso permanecer por algún tiempo en Bene. Desde allí mantenía correspondencia con el duque de Módena y con el cardenal de Este, atrayendo de uno y otro dones en recompensa a sus servicios. Antes bien, tanto se afanó en solicitar al duque que mediase por su liberación definitiva, que finalmente en junio de 1652 consiguió poder volver a Turín, donde retomó su oficio de periodista público y secreto.

Las cosas transcurrieron tranquilas hasta abril de 1655, cuando Socini advierte "fieramente renovada maliciosamente" en la corte turinesa "la persecución, que por evitar mayores disputas y peligros", decide retirarse "a Italia", tras obtener del duque su beneplácito "y la orden de pago" de la "pensión debida", si bien encontraba "dificultades y aplazamientos con los administradores". De ello no podía él ocuparse, pero esperaba recibir "el neto" de allí en poco. Entretanto su intención era acercarse a Módena, para testimoniar con su presencia su devoción por el duque, y ofrecerle su servicio. Y de hecho fue, se entretuvo algunos días, y llegó a Génova.

Allí no resultaba desconocido porque, amén de ser bien notorio por su oficio público de gacetero, su nombre se encontraba escrito en los documentos de los inquisidores del Estado. Algunas cartas suyas secuestradas algunos años antes a Felice Asplanati, sacerdote y periodista de la misma calaña, daban suficiente fe de su condición y de sus manejos. En efecto, no contento Asplanati con enviar las noticias secretas, trataba "ora con los españoles, ora con los franceses", llevando por delante proyectos y "negociaciones" para su utilidad, tanto "acerca de las ocupaciones de la plaza" como "acerca de dar a conocer personas calificadas, jefes de ejército u otros", y tenía como "confidente" suyo en Turín a nuestro gacetero, que de acuerdo con el embajador de Francia y los ministros del duque, mantenía correspondencia con él por medio de la "cifra" obtenida en la secretaría ducal. Sin embargo, ahora que lo tenían a mano los inquisidores no querían más informaciones, y sabían que no era florentino, tal como se hacía pasar, sino de Bagnone, súbdito en cualquier caso del gran duque de Toscana, no muy bien visto por tanto en la República. Dieron después en saber las razones por las que había salido de Turín, pero no los lugares donde había estado encerrado antes de ir a Génova. Concluyeron que debían tenerlo vigilado.

Socini, en vez de estarse quieto y comportarse con prudencia, no sólo reemprendió la correspondencia noticiosa con Mazzarino, con Rosin en Roma, con el baile Gondi, primer secretario de Estado en Florencia, y con los Estensi, sino que trabó estrecha amistad con Botticelli, editor de los *Avisos* de Génova, que se hizo su colaborador. De esta manera, cuando caía enfermo escribía las noticias en nombre de su colega. No siempre con prudencia, puesto que varias veces el inquisidor de turno le obligó a retirar algunas expresiones poco correctas. El magistrado de vigilancia comenzó también a sospechar, y sometió en secreto a examen la correspondencia de Socini antes de que fuese remitida, sin dar curso a aquellas consideradas perjudiciales. De este modo quedaron claras las subvenciones obtenidas de Mazzarino (le había enviado 500 escudos de oro justo aquellos días) y el espíritu de que estaban informadas las cartas a los correspondientes mencionados. Y habiendo como mandato especialmente vigilar "y considerar todas las cosas que puedan ser perjudiciales para el Estado, con observar también a aquellas personas de las cuales pueda haber ocasión de sospecha", no dejó de informar al Senado sobre Socini, sometiendo a su consideración si era "prudente consejo permitir (por lo que se pudiese seguir) que un hombre que es sacerdote..., súbdito del Gran duque, correspondiente de diversos príncipes, y hombre de habilidad, y que se ve que otras veces ha dado oídos y se ha inmiscuido en tratar

cantidades de manejos de consideraciones..., que demostraba no dejar de entrometerse de buena gana en las cosas de Estado, permanezca" en Génova "como informador, máxime que con la oportunidad de dar noticias, y con la ocasión que tiene de tratar con muchas personas de calidad, y conseguir muchas informaciones para luego poderlas dar donde mejor le parezca; más allá de lo que se entiende por buena parte ser privativo del magnífico Gianettino Giustiniani". Privanza ésta que le perjudicaba muchísimo, al ser Giustiniani el más activo corresponsal de Mazzarino, y el más recalcitrante agente francés en Génova. El Senado estimó que no debía ir a más, y le conminó a dejar inmediatamente el dominio antes de tres días, además de prohibirle volver sin licencia.

Aquí lo tenemos de nuevo de viaje, y lo volvemos a encontrar en octubre de 1656 en Casale, donde traduce del francés la narración del asedio de Valencia a instancias del cardenal Mazzarino, y a mayor gloria del duque de Módena². Pero en los primeros meses del año siguiente vuelve a Turín, y reemprende el envío de noticias corrientes, afanándose entretanto en obtener de nuevo permiso para publicar la *Gazzetta*. Quizá con este fin envía una instancia al duque de Módena, para que lo hiciese "conocer por su servidor" en Turín, que si no quería involucrarse personalmente, sugería, "podría hacerse representar por medio del embajador de Francia". No deja pasar la buena ocasión de pedir al duque que recomiende sus intereses al cardenal "por la ayuda por costos que le ha prometido anualmente", sin la cual no puede mantenerse. No sé si el cardenal le envió ayuda económica, pero en cambio parece que puso en marcha sus oficios para que le fuera permitido reemprender la composición de la *Gazzetta*, pero recibe una rotunda negativa. Al mismo tiempo se había concedido a los impresores reproducir traducidos los periódicos de Francia, con la prohibición absoluta de "tocar las cosas del país salvo orden precisa", pero, trabajando en esto personas poco apropiadas y poco prácticas, la corte y el público no se mostraron satisfechos, por lo cual el tipógrafo entiende que si fuese servido por Socini no sería mal visto.

Al principio lo hizo como si fuesen suyas, pero se dio cuenta de dónde venían las solicitudes. A fin de obtener nuevos méritos con los Estensi les escribía ser docto en esto "de representar al mundo las operaciones de Su Alteza en la forma que más le agrade, y de secundar el gusto de Su Eminencia". Pero apenas llegan a la corte turinesa las primeras hojas, como él hubiese comenzado "a dispensar" sus "arbitrios" a sus "patrones", levantaron rápidamente "la orden o tácito permiso a los impresores de valerse" de él, "con el pretexto de que el conde Curzio se daría cuenta y se molestaría". De todas formas había hallado el modo de incluir en el folleto algunos "capítulos", y se proponía "hacer lo mismo en el del sábado acerca de las cosas de Italia, que se despachan en Francia", cuando le sean "comunicadas las operaciones y sentimientos" del duque de Módena.

De ahí en poco le fue concedido el privilegio de publicar la *Gazzetta* como antes al impresor Carlo Gianelli, y Socini vuelve a su oficio de compilador. Así transcurrirán algunos años sin que tenga molestias, y manteniendo siempre su correspondencia con el cardenal de Este y con Francia, y recuperaba de cuando en cuando las "ayudas por

² Hay dos ediciones de 1657, una de Turín y la otra de Módena.

costos". De forma que para que esta generosidad precaria se volviese estable solicitó uno de los pingües beneficios dependientes de la riquísima abadía de Cluny, pero no lo obtuvo.

Alguna nueva imprudencia cometida en julio de 1662 le acarrió un nuevo destierro de Turín, y fue relegado a Pinerolo, donde, a lo que parece, pasaba mal que bien tras serle suspendida la habitual pensión de Carlo Emanuele. Por ello suplicaba al cardenal que le procurase cualquier empleo, o al menos escribiese al duque su sobrino, para que quisiese "continuar todavía un poco el socorro", pues estaban sus cosas "en mal estado", viviendo "hacía dieciocho meses" en Pinerolo "sin suerte alguna de provecho". Todavía podría de algún modo salir de esa desdicha, y recuperar el oficio de periodista. Pero parecía ya gafado: por un error de nombre se ofende en la *Gazzetta* a Francia, y el duque sin más hizo secuestrar los ejemplares y encarcelar a Socini. Después de este hecho, no se sabe más de él. Fue, por lo tanto, el último golpe para nuestro gacetero, quien, en veinte años de enredos, problemas y humillaciones, habrá de terminar por aprender, sufriendo en carne propia, que la vida del periodista no siempre transcurre sobre un lecho de rosas.